

La honestidad de la poesía

Fernando Valverde

Aquellos perdedores que devora el olvido, como sombras cuando la luz se acaba, son un material poético tan complejo como magnífico. La poesía encuentra un mal acomodo en las ceremonias victoriosas, en cambio se instala en los corazones de los derrotados, en las voces que dejan de ser voces para convertirse en memoria. De todo ello da cuenta en su último libro, *Las voces derrotadas*, el poeta cordobés Alejandro López Andrada (Villanueva del Duque, Córdoba, 1957).

Poeta ya hecho con una importante obra que ha ido construyendo con constancia y sabiduría, ha afrontado en este último poemario su tarea más ambiciosa: dar voz a los derrotados que siguen instalados en sus recuerdos y en sus emociones, en una melancolía familiar que clama justicia y que recorre sus poemas como un grito apagado bajo una tormenta.

Son muchos los muertos de la Guerra Civil española que permanecen en las fosas del olvido, junto a alguna carretera o en la fosa común de un cementerio. Entre ellos se encuentran algunos antepasados de López Andrada a los que ha querido rendir un homenaje que lejos de ser pequeño es un canto sincero al amor y a la libertad.

«...Yo te escribo, / aunque te encuentres muerto, / y veo pasar / los ojos del abuelo junto a ti, / cogido de tu aliento, / mientras caen / las bombas del invierno en el camino», escribe López Andrada en su poema «Paseo de la Estación», al que sigue 1939, el año en el que terminó la Guerra Civil. «Mueren las golondrinas /

Alejandro López Andrada: *La voces derrotadas*. Premio Ciudad de Córdoba «Ricardo Molina». Editorial Hiperión, Madrid, 2012.

y el amor / levanta su edificio derrumbado / sobre la soledad». En el mejor de los casos, los vencidos se habían quedado sin país. Los pueblos se habían convertido en «hornos de la debilidad» y las casas se hicieron grandes y desnudas para curar la ausencia.

Los recuerdos infantiles de López Andrada están llenos de los recuerdos de sus mayores, de palabras que apenas se susurraban, del miedo en los labios y el dolor del que ha perdido a un ser querido y no encuentra justicia, ni respuesta, ni paz. En su poema Año de hambre, se adentra en el dolor de su padre, a quien invoca para que regrese con su chaqueta el dolor en el que «la lluvia enciende el mapa de los pobres». Es en ese lugar en el que el poeta busca los bolsillos familiares, un espacio sin hoces de sombra ni trigo abandonado en el que la llegada de la noche escurre el espanto.

«Pongo la mano encima del dolor. / ¿Al pie de la espesura, / quién me llama? / Nos lo robaron todo. Nada queda: / sólo el amor pudriéndose en mi alma», concluye el poema Deserción, que da paso a un Cuaderno de fugacidad en el que López Andrada reúne diversos poemas que giran en torno al tiempo y la memoria como constantes capaces de variar tanto el pasado como el futuro. Como la memoria de la madre del autor, que reza el rosario, como quien «desgranada la humildad del universo». O como los paseos infantiles entres los carros líquidos del sol y las gallinas.

El libro de López Andrada es ante todo un libro honesto. Es esa honestidad la que convierte Las voces derrotadas en un gran libro, tal vez el mejor que haya escrito. Con la sinceridad como forma de encarar la creación poética y sin ningún tipo de trampa experimental ni acertijo de hielo, López Andrada ha conseguido reconstruir la historia de dolor de sus antepasados, que es la historia de muchos españoles que fueron humillados por el régimen franquista.

«A un lado de la cárcel, la pared / sostiene la inocencia del estío. / Abajo está tu cuerpo / roto, exánime, / y una escalera de agua te vigila», relata en un poema titulado Bernardino, que concluye del siguiente modo: «Hablo con él, / después de tantos años / bordando tu memoria. Muero en ti. / Te evoco en el silencio / de esta hora / plumiza del verano y tengo frío».

Escrito con un estilo sencillo y directo, *Las voces derrotadas* logra crear un paisaje emocional que no decae, sino todo lo contrario, va ganando espacio y colorido conforme avanzan sus páginas hasta que el lector se adentra en su último apartado, que da título al libro, en el que se encuentra con un «épico territorio de la escarcha» en el que las pisadas se hunden.

Si un buen poeta escribe sobre las trincheras deberá hacerlo con la esperanza de que el lector sienta frío en los pies. Por los poemas de Alejandro López Andrada pasa ese frío, igual que pasa el óxido de las linternas que se queda en los dedos ©